

queríamos ser propietarios reales, habrás ido á pedirle recibo á Claparón, ¿verdad?

—¡Ay de mí! tío mío, en eso consiste todo, ha puesto usted el dedo en la llaga. No.

—¡Ah! ¡mil rayos! ¡estás arruinado!—dijo Pillerault dejando caer el periódico, que Birotteau recogió, aunque era *El Constitucional*.

Pillerault fué herido tan violentamente por sus reflexiones, que su rostro de medalla y de estilo severo se bronceó como se broncea el metal bajo el golpe del volante; y permaneció fijo y miró sin verla, á través de los cristales, la pared de enfrente, al mismo tiempo que escuchaba el largo discurso de Birotteau. Evidentemente oía y juzgaba, y pesaba el pro y el contra con la inflexibilidad de un Minos que había pasado el Styx del comercio abandonando el barrio de los Morfondus por su pisito tercero.

—¿Y bien, tío?—dijo Birotteau que esperaba una respuesta después de haber acabado rogándole que le prestase sesenta mil francos.

—No puedo, pobre sobrino mío, estás demasiado comprometido. Los Ragón y yo vamos á perder cincuenta mil francos cada uno. Esas buenas gentes han vendido por consejo mío sus acciones de las minas de Vortschín, y yo me creo obligado, en caso de pérdida, no á devolverles su capital, pero sí á socorrerlos, así como á mi sobrina y á Cesarina. Acaso necesitéis todos pan; lo encontraréis en mi casa...

—¡Pan, tío mío?

—Sí, pan. Mira las cosas tal como son: *no saldrás del aprieto*. De cinco mil seiscientos francos de renta, puedo distraer cuatro mil francos y repartirlos entre vosotros y los Ragón. Una vez en la desgracia, conozco á Constanza; trabajará como una negra y lo rehusará todo, y ¡tú también, César!

—Aun no se ha perdido todo, tío mío.

—No lo veo como tú.

—Yo le probaré á usted lo contrario.

—No podrías darme mejor gusto.

Birotteau dejó á Pillerault sin responderle nada. Había

ido á buscar consuelos y valor, y recibía un segundo golpe, aunque mucho menos fuerte que el primero; pero aquél, en lugar de darle en la cabeza, le había herido en el corazón, y el corazón era toda la vida de este pobre hombre. Volvió á subir después de haber bajado algunos escalones.

—Señor—le dijo friamente,—Constanza no sabe nada, guárdeme usted el secreto al menos, y ruegue á los Ragón que no vengan á mi casa á quitarme la tranquilidad que tanto necesito para luchar con la desgracia.

Pillerault hizo un signo de asentimiento.

—Valor, César—añadió,—te veo enfadado conmigo, pero más tarde me harás justicia al pensar en tu mujer y en tu hija.

Desalentado por la opinión de su tío, en el cual reconocía un talento particular, César cayó de la altura de sus esperanzas á los pantanos fangosos de la incertidumbre. En esas horribles crisis comerciales, cuando un hombre no tiene un alma templada como la de Pillerault, pasa á ser juguete de los acontecimientos, y sigue las ideas ajenas y las suyas, como un viajero corre detrás de los fuegos fatuos. Se deja llevar por el huracán, en lugar de acostarse sin mirar que pasa, ó de elevarse para seguir su dirección y escaparse así. En medio de su dolor, Birotteau se acordó del proceso relativo á su préstamo, y se fué á la calle Vivienne, á casa de Derville, su procurador, para comenzar cuanto antes el pleito, en el caso de que el abogado viese alguna probabilidad de hacer anular el contrato. El perfumista encontró á Derville envuelto en su bata de casa de mulatón blanco, en el rincón de su fuego, y tranquilo y reposado como todos los procuradores acostumbrados á oír las más terribles confidencias. Birotteau notó por primera vez esa frialdad necesaria, que hiela al hombre apasionado, herido, embargado por la fiebre del interés en peligro y dolorosamente lastimado en su vida, su honor, su mujer y sus hijos, como lo estaba Birotteau al contar sus desdichas.

—Si se puede probar—le dijo Derville después de haberle escuchado—que el prestamista no tenía ya en casa de Roguín la suma que Roguín hacía que usted le prestase,

como no ha habido entrega de dinero, hay lugar á la anulación; el prestatario tendrá la garantía de la fianza, como la tiene usted para recobrar sus cien mil francos. De este modo respondo del proceso en lo que es dable responder, pues sabido es que no hay ninguno que esté ganado de antemano.

La opinión de tan sabio jurisconsulto reanimó un poco al perfumista, el cual rogó á Derville que presentase la demanda lo antes posible. El procurador le respondió que tal vez se obtendría la sentencia antes de tres meses anulando el contrato.

—¡Tres meses!—exclamó el perfumista, que creía haber encontrado recursos.

—Pero aunque se obtenga rapidez en el pleito, no podremos obligar á su adversario á hacer lo propio, porque tratará de aprovecharse de todas las dilaciones que le concede la ley. ¿Quién sabe si su adversario no se dejará condenar sin comparecer? Nunca se sabe lo que puede ocurrir, amigo mío—dijo Derville sonriéndose.

—Pero ¿y en el tribunal de comercio?—dijo Birotteau.

—¡Oh!—dijo el procurador—los jueces consulares y los de primera instancia son dos clases distintas de jueces. ¡Ustedes acuchillan los negocios! En la audiencia tenemos que guardar las formas. La forma es la protectora del derecho. ¿Desearía usted un juicio á quemarropa que le hiciese perder sus cuarenta mil francos? Pues bien, su adversario, que verá esta suma comprometida, se defenderá. Las dilaciones son caballos de friso judiciales.

—Dice usted bien—contestó Birotteau, que saludó á Derville y salió con la muerte en el alma.—Todos tienen razón. ¡Dinero! ¡dinero!—gritaba el perfumista por las calles hablando consigo mismo, como hacen todas las gentes atareadas en ese turbulento é hirviente París, que un poeta ha llamado cuba.

Al verle entrar, aquel de sus dependientes que había ido á cobrar todas las facturas, le dijo que, como se aproximaba el día primero de año, cada uno devolvía el recibo y guardaba la factura.

—¿No hay, pues, dinero en ninguna parte?—dijo César en voz alta en la tienda.

Y se mordió los labios, pues los dependientes habían levantado todos la cabeza hacia él.

Cinco días pasaron de este modo, cinco días durante los cuales Braschón, Lourdois, Thorein, Grindot, Chaffaroux, todos los acreedores no pagados pasaron por las fases camaleónicas que sufre el acreedor antes de llegar al estado apacible en que le coloca la confianza que tiene en los colores sanguinolentos de la Bellona comercial. En París, el período astringente de la desconfianza viene tan rápidamente, como tarda en llegar el movimiento expansivo de la confianza: una vez sumido en el sistema restrictivo de los temores y de las precauciones comerciales, el acreedor se entrega á bajezas siniestras que le colocan por debajo del deudor. De una cortesía dulce, los acreedores pasan al rojo de la impaciencia, á los chisporroteos sombríos de las importunidades ó los estallidos de la contrariedad y á la negra insolencia de la citación preparada. Braschón, aquel rico tapicero del arrabal de San Antonio que no había sido invitado al baile, dió la señal de alarma; como acreedor herido en su amor propio, quería ser pagado antes de las veinticuatro horas y exigía garantías, no basadas en un depósito de muebles, sino en una hipoteca de los terrenos del arrabal. Á pesar de la violencia de sus recriminaciones, los acreedores dejaron aún algunos intervalos de descanso á Birotteau, durante los cuales respiraba éste. En lugar de vencer, mediante una resolución enérgica, esos primeros resquemores que producen las situaciones difíciles, César procuró que su situación no fuese conocida de su mujer, no obstante ser ésta la única que podía aconsejarle. El pobre perfumista hacía centinela en el umbral de su puerta y alrededor de su tienda, y había puesto en el secreto de sus asuntos á Celestino, el cual examinaba á su amo con mirada tan curiosa como asombrada: César menguaba á sus ojos, como menguan en los desastres los hombres acostumbrados al éxito constante, originado más bien por la suerte que por la inteligencia. Sin tener la enérgica capacidad para defenderse de

todos los ataques que recibía á la vez, César tuvo, sin embargo, el valor de hacer frente á las circunstancias. Para últimos de diciembre y para el 15 de enero, necesitaba una suma de sesenta mil francos, de los cuales la mitad habían de estar prontos para fin de año. Ahora bien, contando con todos sus recursos, sólo podía reunir veinte mil, de modo que le faltarían diez mil francos. A él nada la parecía desesperado, pues no veía ya más que el momneto presente, como los aventureros que viven al día. Antes de que se hiciese público el rumor de su situación apurada, resolvió, pues, intentar lo que le parecía un gran golpe dirigiéndose al famoso Francisco Keller, banquero, orador y filántropo, célebre por sus sentimientos caritativos y por su deseo de ser útil al comercio parisiense, á fin de salir siempre diputado por París. El banquero era liberal, y Birötteau realista; pero éste, juzgando á todos por sí mismo, encontró en la diferencia de opiniones un motivo más para obtener un favor. En el caso de que se necesitasen valores, no dudaba de la adhesión de Popinot, al cual contaba pedir treinta mil francos de efectos que le servirían para aguantarse hasta el momento en que se fallase el pleito, ofreciéndoselos como garantía á los acreedores más sedientos. El perfumista expansivo, que le contaba á su querida Constanza las menores emociones de su existencia, que le alentaba con sus palabras y que procuraba discutir con ella sus negocios, no podía hablar de su situación con su mujer, ni con sus dependientes, ni con su tío; así es que le pesaban doblemente las ideas. Pero este valeroso mártir prefería sufrir, antes que comunicar sus temores á su mujer, y ansiaba contarle el peligro una vez que éste hubiese pasado. El miedo que le inspiraba su mujer le daba valor é iba todas las mañanas á oír misa á San Roque tomando á Dios por confidente.

—Si al volver de San Roque á mi casa no encuentro ningún soldado, será señal de que mis ruegos han sido escuchados. Esta será la respuesta de Dios—se decía después de haber orado para que le socorriese.

Y, en efecto, si no encontraba ningún soldado, considerábase feliz. Sin embargo, sentíase el corazón demasiado opri-

mido, y necesitaba otro corazón con quién desahogarse. Cesarina, que conocía la fatal noticia desde el primer momento, fué la dueña absoluta de sus secretos, y había entre ellos miradas dirigidas á hurtadillas, miradas llenas de desesperación y de esperanzas, invocaciones lanzadas con mutuo ardor, preguntas y respuestas simpáticas y efluvios de alma á alma. Birotteau fingía estar alegre y jovial con su mujer. Si Constanza hacía alguna pregunta, le contestaban que todo iba bien, que Popinot medraba, que el *Aceite* tenía éxito, que los efectos Claparón serían pagados y que no había nada que temer. Cuando su mujer dormía en aquel lecho suntuoso, Birotteau se sentaba en la cama y se sumía en la contemplación de su desgracia llorando, y entonces Cesarina se levantaba á veces en camisa, descalza y con un chal sobre sus blancos hombros, y le decía llorando también:

—Papá, te oigo, estás llorando.

Birotteau se sintió tan agobiado después de haber escrito la carta en que pedía una cita al gran Francisco Keller, que su hija creyó necesario sacarle á dar un paseo por París, y entonces fué únicamente cuando vió en las esquinas unos enormes anuncios rojos que decían: ACEITE CEFÁLICO.

Durante las catástrofes accidentales de *La Reina de las Rosas*, la casa A. Popinot se elevaba radiante en medio de las llamas orientales del éxito. Aconsejado por Gaudissart y por Finot, Anselmo había lanzado con audacia á la plaza su *Aceite*. Hacía tres días que habían sido fijados más de dos mil anuncios en los lugares más concurridos de París, y nadie podía evitar el encuentro del anuncio del *Aceite Cefálico*, y la lectura de una frase concisa inventada por Finot acerca de la imposibilidad de hacer brotar los cabellos y del peligro en el teñirlos, frase que iba acompañada de un párrafo de la memoria leída en la Academia de ciencias por Vauquelin, lo cual era un verdadero certificado de vida para los cabellos muertos, prometido únicamente á los que usasen el *Aceite Cefálico*. Todos los peluqueros, peñadoras y perfumistas de París habían decorado sus puertas con un marco dorado que contenía un hermoso grabado de Hero y Leandro, con este epigrafe por aserto: *Los pueblos de la antigüedad conser-*

vaban sus cabelleras mediante el empleo del ACEITE CEFÁLICO.

—Ha inventado los marcos permanentes, el anuncio eterno —se dijo Birotteau con estupefacción ante el escaparate de la Campana de plata.

—Pero ¿no has visto un marco que le entregó Anselmo á Celestino, al mismo tiempo que trescientas botellas de su Aceite?—le dijo su hija.

—No.

—¡Oh! Celestino ha vendido ya cincuenta á transeuntes y sesenta á parroquianos.

El perfumista, aturdido por las mil ideas que le sugería el temor á la miseria, vivía sumido en sí mismo. La víspera, Popinot le había esperado más de una hora y se había ido después de haber hablado con Constanza y Cesarina, las cuales le dijeron que César estaba absorbido por su gran negocio.

—¡Ah! sí, el negocio de los terrenos.

Afortunadamente Popinot, que hacía un mes que no había salido de la calle de los Cinco Diamantes, pasaba las noches y los domingos trabajando en la fábrica, y no había visto á los Ragón, ni á Pillerrault, ni á su tío el juez. El pobre muchacho sólo dormía dos horas, y no tenía más que dos dependientes, siendo así que, al paso que llevaban las cosas, no tardaría en necesitar cuatro. En el comercio la ocasión es el todo, y el que no se aprovecha del éxito agarrándose á él con todas sus fuerzas está perdido. Popinot se decía que sus tíos le recibirían muy bien cuando, seis meses después, fuese á decirles que tenía su fortuna hecha, y que sería también afectuosamente recibido por los Birotteau cuando les llevase los treinta ó cuarenta mil francos de su parte. Ignoraba, pues, la huida de Roguín y los desastres y apuros de César, y no pudo decirle ninguna palabra indiscreta á la señora Birotteau. Popinot prometió á Finot quinientos francos si hablaba tres veces al mes del *Aceite Cefálico* en los periódicos de primera ¡que eran diez! y trescientos francos en los periódicos de segunda ¡que eran otros diez! Finot vió tres mil francos para él de aquellos ocho mil, y juzgó que aquella podría ser la base para entregarse á la especulación. Se lanzó, pues, como

un león sobre sus amigos y sobre sus conocidos, frecuentó por las mañanas todas las redacciones y por la noche todos los teatros.

—Querido amigo, piensa en mi *Aceite*. Yo no gano nada en él, pero es cuestión de compañerismo. Ya sabes, se trata de Gaudissart.

Tal era la primera y última frase de todos sus discursos. Finot se apoderó de todas las columnas finales de los periódicos para hacer artículos de propaganda. Astuto como un figurante que quiere pasar por actor, escribió cartas á todo el mundo, halagó todos los amores propios é hizo inmundos favores á los redactores jefes á fin de lograr que le escribiesen algún artículo. Dinero, favores, bajezas, de todo se sirvió. Corrompía con entradas para el teatro á los obreros que, hacia media noche, acababan las columnas de los periódicos y tienen facultades para tomar ó dejar parte del original, á fin de completar la edición del día. Finot se personaba en la imprenta como si hubiese tenido que ir adrede para corregir algún artículo suyo, y no se marchaba hasta tanto no veía sus deseos satisfechos. Amigo de todo el mundo, Andoche hizo triunfar el *Aceite Cefálico* sobre la *Pasta Regnaud*, la *Mixtura Brasileña* y todas las demás invenciones que tuvieron la suerte de comprender primero que nadie la influencia del periodismo y el efecto de pistón que produce en el público un artículo reiterado. En aquellos tiempos de inocencia, muchos periodistas eran como bueyes, ignoraban sus fuerzas y se ocupaban de actrices, de Florina, de Tulia, de Marieta, etcétera. Lo regentaban todo y no se aprovechaban de nada. Las pretensiones de Finot no concernían nunca al hecho de aplaudir á una actriz, ni á alabar una pieza, sino que, por el contrario, ofrecía dinero por cosas útiles y daba espléndidos almuerzos á sus compañeros cuando lograba sus deseos. Así es que no hubo un periódico que no hablase del *Aceite Cefálico* y de su conformidad con los análisis de Vauquelin, el cual se burlaba de los que creen que se puede lograr que broten los cabellos y de los que no proclaman el peligro de teñirlos.

Estos artículos regocijaban el alma á Gaudissart, el cual

se armaba de periódicos para destruir ciertas preocupaciones y hacía en provincias una campaña feroz. En aquella época, los periódicos de París dominaban en los departamentos, que carecían aún de *órganos*, ¡los desgraciados! Los periódicos eran, pues, seriamente estudiados desde el título hasta el pie de imprenta, y Gaudissart, apoyado en la prensa, tuvo brillantes éxitos desde el día en que empezó á dar pasto á su lengua. Todos los tenderos de provincias querían marcos con el grabado de Hero y Leandro. Finot empleó contra el *Aceite Macassar* aquella graciosa broma que tanto hizo reir en los Funámbulos, cuando Pierrot toma una escoba de crin casi pelada, é introduciéndola en el *Aceite Macassar*, la saca hermosa y tupida. Esta escena irónica originaba universales risas. Más tarde, Finot contaba alegremente que á no ser por aquellos mil escudos hubiera muerto de miseria y de dolor. Para él, mil escudos eran una fortuna. En aquella campaña fué el primero en comprender el poder del anuncio, del que tan gran partido supo sacar más tarde. Tres meses después, fué nombrado redactor en jefe de un periodiquillo que acabó por comprar y que fué la base de su fortuna. Del mismo modo que la terrible campaña que hizo en los departamentos el ilustre Gaudissart proporcionó un triunfo comercial á la casa A. Popinot, así también ganó ésta popularidad y fama, gracias á aquella propaganda de los periódicos, propaganda que lograron obtener también la *Mixtura Brasileña* y la *Pasta Regnauld*. En sus comienzos, aquel asalto dado á la opinión pública engendró tres éxitos, tres fortunas y dió origen á la invasión de las mil ambiciones que acudieron, formando un nutrido batallón, á la arena del periodismo, creando la inmensa revolución de los anuncios pagados. En este momento, la casa A. Popinot y Compañía figuraba en todas las esquinas y escaparates. Incapaz de adivinar el alcance de semejante publicidad, Birotteau se contentó con decirle á Cesarina:

—Ese Popinot sigue mis huellas.

El pobre perfumista no comprendía la diferencia de los tiempos ni apreciaba el poder de los nuevos medios de ejecución, cuya rapidez y extensión abrazaba mucho más

pronto que antes al mundo comercial. Birotteau no había puesto los pies en su fábrica desde el día del baile; así es que ignoraba el movimiento y la actividad que Popinot había desplegado en ella. Cuando Anselmo clavaba una caja en mangas de camisa y afanoso, se creía aún en casa de Birotteau, veía á Cesarina en todos sus actos y se decía:

—Será mi mujer.

Al día siguiente, después de haber meditado por la noche lo que debía decir y no decir á uno de los más grandes banqueros, César llegó á la calle del Houssaye presa de horribles palpitaciones, y penetró en el palacio del banquero liberal que pertenecía á aquel partido acusado justamente de querer derribar á los Borbones. Como todas las gentes del pequeño comercio parisiense, el perfumista ignoraba las costumbres y el modo de ser de los hombres de la alta banca. En París, entre la alta banca y el comercio existen casas secundarias, intermediarios útiles para la banca, que encuentra en ellas una garantía más. Constanza y Birotteau, que no habían salido nunca de su tienda y que, por no necesitar dinero habían conservado siempre en cartera los efectos, no habían tenido nunca tratos con esas casas de segundo orden, y, por lo tanto, con mayor motivo eran completamente desconocidos en la alta banca. Tal vez es una grave falta el no crearse un crédito, aunque sea inútil. Pero, en fin, en este punto las opiniones son muy diversas. Sea como fuere, es lo cierto que Birotteau lamentaba mucho el no haber emitido su firma; pero creyéndose conocido como teniente alcalde y como político, se imaginó que no tendría más que dar su nombre y entrar. El infeliz ignoraba la afluencia casi regia que había en la audiencia de aquel banquero. Introducido en el salón que precedía al despacho del hombre célebre por mil motivos, Birotteau se vió allí en medio de una numerosa sociedad compuesta de diputados, escritores, periodistas, agentes de cambio, grandes comerciantes, agentes de negocios ingenieros, y sobre todo personas de confianza que atravesaban los grupos y llamaban familiarmente á la puerta del despacho, donde entraban por privilegio.

—¿Qué soy yo en medio de tanta máquina?—se dijo Birotteau aturdido al ver el movimiento de aquella fragua intelectual donde se distribuía el pan cotidiano de la oposición.

El perfumista oía discutir á su derecha la cuestión del préstamo para la terminación de las principales líneas de canales propuestos por la dirección de puentes y calzadas, y veía que se trataba de millones! A su izquierda, algunos periodistas, que iban á halagar el amor propio del banquero, hablaban de la sesión del día anterior y del discurso de Keller. Durante dos horas de espera, Birotteau vió tres veces al banquero político acompañando á personas distinguidas hasta la puerta del umbral de su despacho. Para el último, que era el general Foy, Francisco Keller llegó hasta la puerta de la antesala.

—¡Estoy perdido!—se dijo Birotteau, cuyo corazón se oprimió violentamente.

Cuando el banquero volvía á su despacho, la tropa de los cortesanos, de los amigos y de los interesados le asaltaba como perros que persiguen á una perra bonita. Algunos osados chisgarabís se deslizaban á toda costa en el santuario. Las conferencias duraban cinco minutos, diez minutos, un cuarto de hora. Los unos salían contritos y los otros denotaban satisfacción ó importancia. El tiempo transcurría y Birotteau miraba con ansiedad el reloj. Nadie hacía el menor caso de aquel dolor oculto que gemía en un sofá del rincón de la chimenea, á la puerta de aquel gabinete donde residía la panacea universal, el crédito. César pensaba dolorosamente en que había habido un tiempo en que había sido el rey en su casa, como aquel hombre en la suya, y medía la profundidad del abismo en que había caído. ¡Amargo pensamiento! ¡Cuántas lágrimas devoradas durante la hora que pasó allí! ¡Cuántas veces no suplicó Birotteau á Dios que hiciese que aquel hombre le fuese favorable, pues bajo una gruesa capa de popular franqueza, notaba en él una insolencia, una tiranía y un brutal deseo de dominar, que causaban espanto á su alma tímida. Por fin, cuando no quedaban más que diez ó doce personas, Birotteau se resolvió

á levantarse así que la puerta del despacho se abriese y á presentarse al gran orador diciéndole: «Yo soy Birotteau».

El granadero que llegó primero al reducto del Moscova, no desplegó más valor que el que tuvo que desplegar el perfumista para entregarse á esta maniobra.

—Después de todo, soy su teniente alcalde—se dijo levantándose para dar su nombre.

La fisonomía de Francisco Keller cambió de aspecto, quiso evidentemente mostrarse amable, miró la cinta roja que llevaba Birotteau en el ojal, abrió la puerta de su despacho, reculó, le enseñó el camino y permaneció algún rato hablando con dos personajes que se lanzaron sobre él con la violencia de una tromba.

—Decazes desea hablarle—dijo uno de ellos.

—Se trata de matar el pabellón Marsán. El rey comienza á ver claro y viene hacia nosotros—exclamó el otro.

—Iremos juntos al Congreso—dijo el banquero.

—¿Cómo puede pensar en sus negocios?—se preguntó Birotteau admirado.

El sol de la superioridad deslumbraba al perfumista, como ciega la luz á los insectos que necesitan una media luz ó la semiobscuridad de una hermosa noche. Sobre una inmensa mesa veía el presupuesto, los mil impresos de las Cortes y los tomos del *Monitor*, abiertos, consultados y anotados para echar en cara á un ministro sus precedentes palabras olvidadas y hacerle cantar la palinodia ante los aplausos de una multitud necia, incapaz de comprender que los acontecimientos lo modifican todo. Sobre otra mesa, protocolos amontonados, memorias, proyectos y mil informes confiados á un hombre de cuya caja procuran disponer todos los industriales nacientes. El lujo regio de aquel despacho lleno de cuadros, de estatuas y de obras de arte, el montón de los intereses nacionales ó extranjeros de que daban fe los fajos de papeles, todo sorprendía á Birotteau, le empujaba, aumentaba su terror y le helaba la sangre. Sobre la mesa de Francisco Keller había montones de efectos, de letras de cambio y circulares comerciales. Keller se sentó y se puso á firmar rápidamente las letras que no exigían examen.

—Caballero, ¿á qué debo el honor de su visita?—le preguntó.

Al oír estas palabras pronunciadas con entereza, mientras que la mano ávida del banquero corría sobre el papel, el pobre perfumista se sintió azorado y procuró tomar ese aire agradable que el banquero veía tomar hacía diez años á todos los que iban á hablarle de algún asunto importante ó interesante para ellos. Francisco Keller dirigió, pues, á César una mirada que lo dejó petrificado, una mirada napoleónica. La imitación de la mirada de Napoleón era una ligera ridiculez que se permitían entonces algunos advenedizos que ni siquiera han sido la sombra de su emperador. Aquella mirada cayó sobre Birotteau, hombre de la derecha, seide del poder, elemento de elección monárquica, como el plomo de un aduanero cuando marchama una mercancía.

—Señor, no quiero abusar de sus momentos; seré conciso. Vengo para un asunto puramente comercial, y á preguntarle si me concedería usted un crédito en su casa. Antiguo juez del tribunal de comercio y conocido en la banca, comprenderá usted que si tuviese la cartera llena, no tendría más que dirigirme allí donde usted es regente. He tenido el honor de sentarme en el tribunal al lado del señor barón de Thibón, juez del comité de descuentos, y tengo la seguridad de que no me negaría nada. Pero yo no he hecho uso de mi crédito ni de mi firma; mi firma es virgen y ya sabe usted cuántas dificultades ofrece entonces una negociación. (Keller meneó la cabeza y Birotteau tomó este movimiento como señal de impaciencia). Señor, he aquí el caso—repuso. Me he metido en un asunto territorial extraño á mi negocio...

Francisco Keller, que continuaba firmando y leyendo con aire de no escuchar á César, volvió la cabeza y le hizo un signo de adhesión que le animó. Birotteau creyó su asunto en buen camino y respiró.

—Continúe usted, le escucho—le dijo Keller con amabilidad.

—Soy dueño de la mitad de los terrenos situados alrededor de la Magdalena.

—Sí, ya he oído hablar de ese inmenso negocio en casa

de Nucingen, negocio emprendido por la casa Claparón.

—Pues bien—repuso el perfumista,—un crédito de cien mil francos, garantizados con mis terrenos de la Magdalena, ó con mis propiedades comerciales, me bastaría para esperar el momento en que obtendré los beneficios que debe darme en breve una concepción de pura perfumería. En caso de necesidad, se lo garantizaría con los efectos de una nueva casa, la casa Popinot, hace poco establecida, que...

Keller pareció preocuparse bien poco de la casa Popinot, y Birotteau comprendió que seguía mal camino. Se detuvo, y después, asustado del silencio, repuso:

—Respecto á los intereses, nos...

—Sí, sí—dijo el banquero,—la cosa puede arreglarse, no dude usted de mi deseo de servirle. Ocupado como estoy en los asuntos financieros de Europa, la Cámara emplea todos mis momentos y no se extrañará usted de saber que dejo de estudiar por esto una porción de negocios propios. Vaya usted abajo á ver á mi hermano Adolfo y explíqueme la naturaleza de sus garantías; si aprueba la operación, vuelva usted con él mañana ó pasado mañana á la hora en que examino á fondo los asuntos, á las cinco de la madrugada. Nos consideraremos felices y orgullosos de haber obtenido su confianza, pues es usted uno de esos realistas conscientes de quienes se puede ser enemigo político, pero cuya estimación halaga...

—Señor—le dijo el perfumista exaltado por aquella frase de tribuno,—soy tan digno del honor que usted me hace, como del insigne y real favor... Lo he merecido formando parte del tribunal consular y combatiendo...

—Sí—repuso el banquero,—la reputación de que usted goza es un salvoconducto, señor Birotteau. Usted no puede proponer más que negocios factibles y puede contar con nuestro concurso.

Una mujer, la señora Keller, una de las dos hijas del conde de Gondreville, abrió una puerta que Birotteau no había visto.

—Amigo mío, deseo verte antes de que vayas al Congreso—le dijo ella.

—¡Son las dos!—exclamó el banquero—la batalla está empezada.—Dispéñeme usted, señor, se trata de derribar un ministerio. Vea usted á mi hermano.

Y condujo al perfumista hasta la puerta del salón, diciendo á uno de sus dependientes:

—Acompañe usted al caballero al despacho del señor Adolfo.

A través del laberinto de escaleras por donde le guiaba un hombre con librea hacia un despacho menos suntuoso que el del jefe de la casa, aunque más útil, el perfumista, acariciando la idea de obtener un *sí*, la cabalgadura más dulce de la esperanza, se acariciaba la barba, encontrando de muy buen augurio las adulaciones de un hombre célebre. Sentía que un enemigo de los Borbones fuese tan amable, tan capaz y tan gran orador.

Lleno de estas ilusiones entró en un despacho desnudo, frío, amueblado con dos mesitas despacho de cilindro, con mezuquinos sillones y adornado con cortinas muy abandonadas y de una raída alfombra. Este despacho era, al otro, lo que una cocina al comedor, la fábrica á la tienda. Allí se destripaban los negocios bancarios y comerciales, se analizaban las empresas y se arreglaban los descuentos de la banca sobre todos los beneficios de las industrias juzgadas aprovechables. Allí se combinaban esos golpes audaces por medio de los cuales se creaban durante algunos días un monopolio rápidamente explotado. Allí se estudiaban los defectos de la legislación y se estipulaban sin vergüenza lo que la Bolsa llama *las partes tragonas* y las comisiones exigidas por los menores servicios, tales como apoyar una empresa con su nombre ó acreditarla. Allí se urdían esos engaños floreados de legalidad, que consisten en comanditar, sin comprometerse á nada, empresas dudosas, á fin de esperar el éxito y de matarlas para apoderarse de ellas pidiendo los capitales en un momento crítico: ¡horrible maniobra por medio de la cual fueron arrollados tantos accionistas!

Los dos hermanos se habían distribuído sus papeles. En los más elevados, Francisco, hombre brillante y político, se conducía como un rey, distribuía los favores y las promesas

y se hacía agradable á todos. Con él todo era fácil; emprendía noblemente los negocios y emborrachaba á los recién desembarcados y á los especuladores de nueva entrada con el vino de su favor y su embriagadora palabra exponiéndoles sus propias ideas. Abajo, Adolfo excusaba á su hermano alegando sus muchas ocupaciones políticas y estudiaba detenidamente los asuntos, convirtiéndose en el hermano comprometido, en el hombre difícil. Era preciso, pues, contar con dos palabras para cerrar un trato con aquella pérvida casa. A veces, el amable *sí* del suntuoso despacho se convertía en un seco *no* en el despacho de Adolfo. Esta suspensiva manobra daba lugar á la reflexión y servía á veces para distraer á inhábiles competidores.

Al presentarse el perfumista, el hermano del banquero hablaba con el famoso Palma, consejero íntimo de la casa Keller, el cual se retiró al verle.

Cuando Birotteau se hubo explicado, Adolfo, que era el más astuto de los dos hermanos, un verdadero canchales de mirada penetrante, labios delgados y tez ordinaria, dirigió á Birotteau, por encima de sus antiparras, bajando la cabeza, una mirada que hay que llamar de banquero y que tiene algo de la de los buitres y de los procuradores, ya que es ávida é indiferente, clara y obscura, brillante y sombría.

—Dígnese usted enviarme las actas en que está basado el asunto de la Magdalena. En eso estriba toda la garantía del crédito, y antes de abrirle éste y discutir los intereses, es preciso examinarlas. Si el asunto es bueno, para no gravarle demasiado nos contentaremos con una parte en los beneficios en lugar de intereses.

—Vamos—se dijo Birotteau mientras volvía á su casa,—ya veo de que se trata. Al igual que el castor perseguido, tengo que permitir que me arranquen una parte de la piel. Pero, en fin, vale más dejarse desollar que morir.

Aquel día entró en su casa muy risueño, siendo su alegría franca y sincera.

—Estoy salvado—le dijo á Cesarina;—la casa Keller me abrirá un crédito.

Hasta el 29 de diciembre, Birotteau no pudo volver á en-

trar en el despacho de Adolfo Keller. La primera vez que el perfumista se volvió á presentar, Adolfo había ido á seis leguas de París á visitar una tierra que se proponía comprar. La segunda vez, los dos Keller tenían negocios importantes por la mañana: se trataba de presentar pliego de condiciones para un préstamo propuesto á las Cámaras, y rogaban al señor Birotteau que volviese el viernes siguiente. Estas dilaciones mataban al perfumista. Al fin llegó aquel viernes, y Birotteau se encontró en el despacho, sentado en el rincón de la chimenea y á la luz de la ventana, enfrente de Adolfo Keller, que ocupaba el otro rincón.

—Está bien, caballero—le dijo el banquero devolviéndole las actas;—pero ¿qué ha pagado usted del precio de los terrenos?

—Ciento cuarenta mil francos.

—¿En dinero?

—En efectos.

—Y ¿están pagados?

—No, están próximos á vencer.

—Pero hombre, y si usted ha pagado de más los terrenos con respecto á su valor actual, ¿dónde está la garantía? Ésta sólo se basaría en la buena opinión que usted inspira y en la consideración de que usted goza, y los negocios no pueden basarse en sentimientos. Si usted hubiese pagado doscientos mil francos, suponiendo que hubiese dado cien mil de más para apoderarse de los terrenos, entonces tendríamos una garantía de cien mil francos que respondería del crédito. El resultado para nosotros sería el pasar á ser dueños de su parte pagándola, y en este caso sólo faltaría examinar si el negocio es bueno. Esperar cinco años para doblar el capital, no conviene, porque es preferible emplearlo en negocios bancarios. ¡Ocurren tantas cosas! Usted quiere obtener un crédito para pagar letras próximas á vencer, y la maniobra es peligrosa; á nosotros no nos conviene.

Birotteau perdió la cabeza, pues esta frase le hizo el mismo efecto que si el verdugo le hubiese puesto el hierro en el hombro para marcarle.

—Vamos á ver—dijo Adolfo;—mi hermano me ha ha-

blado de usted con mucho interés. Examinemos el estado de sus negocios—añadió dirigiendo al perfumista una mirada de impaciencia.

Birotteau se convirtió en Molineux, á pesar de haberse burlado de él. Engañado por el banquero, que se complacía en adivinar el montón de pensamientos que acudían á la mente de aquel pobre hombre, y que sabía interrogar á un negociante como el juez Popinot á un criminal, César contó sus empresas, sacó á relucir la *Doble pasta de las Sultanas*, el *Agua Carminativa*, el asunto Roguín y su pleito con motivo de una hipoteca cuyo importe no había recibido. Al ver el aire risueño y reflexivo de Keller y sus movimientos de cabeza, Birotteau se decía:

—Me escucha, le intereso, me abrirá crédito.

Adolfo Keller se reía de Birotteau como el perfumista se había reído de Molineux. Llevado de la verbosidad propia de las gentes que se embriagan con la desgracia, César se mostró tal cual era, y desveló su situación proponiendo como garantía el *Aceite Cefálico* de la casa Popinot, su último recurso. El buen hombre, alentado por una falsa esperanza, se dejó sondear y examinar por Adolfo Keller, el cual adivinó que el perfumista era un zoquete realista próximo á quebrar. Encantado de que tal sucediera á un teniente alcalde de su distrito, persona condecorada la víspera y hombre del poder, Adolfo dijo clara y terminantemente á Birotteau que él no podía abrirle cuenta ni decir nada en su favor á su hermano Francisco, el gran orador. Si Francisco se dejaba llevar de su estúpida generosidad socorriendo á gentes de opinión contraria á la suya y á sus enemigos políticos, él, Adolfo, se opondría á ello con todo su poder y le impediría tender la mano á un antiguo adversario de Napoleón, á un realista acérrimo, á un herido en San Roque. Birotteau, desesperado, quiso decir algo acerca de la avidez de la alta banca, de su dureza y de su falsa filantropía; pero sintió tan violento dolor, que apenas pudo pronunciar algunas frases sobre la institución del Banco de Francia, del cual sacaban partido los Keller.

—Pero hombre, el Banco no puede conceder nunca cré-